

HECHIZO DE

SANGRE

(ENEMIGOS OSCUROS 1)

HECHIZO DE SANGRE

(ENEMIGOS OSCUROS 1)

RAFAEL ALCOLEA HAROLD

Primera edición, Octubre 2014

© Rafael Alcolea Harold, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-943146-0-5



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño portada: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Dedicado a mis tres chispas de vida: María, Mario y Nicolás.

Siempre había pensado que mi vida era sencilla, predecible hasta el más mínimo detalle, pero perfecta. Sin embargo, algo tan incontrolable como el amor hizo despojarme de mi feliz e inconsciente normalidad sin avisar. No fue algo que pudiese meditar con tiempo y plantear todos los pros y contras como a mí me gustaba. Al contrario, apenas tuve tiempo para darme cuenta de que tenía que tomar una decisión. Estaba claro que me había vuelto loco por ella, y esos sentimientos me llevaron a otras vivencias que destrozaron por completo todos los cimientos de mi vida. Mi mundo saltó por los aires. La lógica y la ciencia que aplicaba en mis estudios de medicina, no me sirvieron de defensas contra de aquella nueva realidad, una muy diferente a la que hasta entonces había contemplado. Experimenté una vorágine de sensaciones, sentimientos y experiencias que llevaron a darme cuenta que tan solo somos marionetas en manos de otros, seres poderosos que ni imaginamos y que se divierten viendo cómo nos martirizamos durante nuestra efímera existencia.

Una vez leí que lo irreal no existe hasta que llega alguien y demuestra que está ahí, solo que no lo vemos, a partir de entonces se convierte en algo aceptado por todos. Sin embargo, hasta que alguien no nos abre los ojos y demuestra que algo es real, permanecemos invidentes durante toda la eternidad. Así había estado yo durante toda mi vida: ciego. Un ser que vivía a oscuras, sin llegar a descubrir todos aquellos sutiles matices irreales que rozaban mi conocida realidad. Solo había que pararse y mirar, si, observar y abrir la mente a otras cosas que el cerebro bloquea por miedo a descontrolarse y a que nos volvamos locos. Un simple mecanismo de defensa que nos corta las alas y nos impide creer que hay algo más, ahogando la indócil realidad percibida por nuestros sentidos. No significa que no exista, nuestra mente suele bloquear esa otra realidad, dejándonos ciegos ante lo evidente: no estamos solos.

Cierto día, más bien diría una noche, los acontecimientos que se desencadenaron tras sucumbir a su encanto, pusieron bocabajo mis creencias, mis valores y los objetivos que me había planteado en mi vida. Los cimientos del mundo conocido se resquebrajaron hasta conformar un polvo espeso y gris que cubrió mi mente de una nebulosa existencial que me aterrorizó. Mi espuria realidad se derritió por el camino, hasta que se evaporó,

dejando paso a una burda sensación de haber vivido engañado durante mis veintiún años de vida.

Ni siquiera mi familia, el único pilar en el que suponía podía confiar, el islote al que nadar a prisa para refugiarme de la amenazante y oscura tormenta, me sirvió de consuelo. Ellos me habían ocultado un peligroso secreto, seguramente por protegerme, desde el día de mi nacimiento. De haber conocido que era yo en realidad, podría haberme evitado muchos quebraderos de cabeza, habría sabido estar a la altura de las circunstancias, desde el principio. Fue necesario que Sasha se cruzase en mi camino para que toda la verdad saliese a la luz y me arrancase, de manera dolorosa, la tupida venda que mis progenitores me habían colocado durante toda mi vida. Pude comprobar por mí mismo que en el apacible pueblo de Sayville donde vivía, nada, ni nadie era lo que aparentaban ser. El mundo real dejó de existir y otro comenzó a fundirse con el que hasta ahora había conocido. Una vez acepté esta idea, tuve que acostumbrarme a que cualquier cosa podía ocurrir. Todas las vivencias nuevas, por fantásticas que fuesen, dejaron de sorprenderme al contemplarlas con otros ojos...

Pero, perdonad, debo empezar por el principio...

Ella era especial, de eso no había duda, incomparable a las demás. No era su belleza, o tal vez sí, más bien era aquel magnetismo irracional que ejercía sobre mí. No entendía cómo no había una fila de tíos delante de su puerta cada noche cuando solía salir a dar una vuelta. Sasha era enigmática, noctámbula, de gusto exquisito, algo mayor que yo... Aunque eso me fascinaba. De todas formas era de ese tipo de chicas que estaba fuera de mi alcance. Normalmente en los temas del amor, el reto más inalcanzable, la mujer más imposible, era la que a mí más me atraía, a pesar de saber que mi amor por ella se ahogaría entre suspiros y lamentaciones y que jamás llegaría a convertirse en nada más. Estaba seguro que mi persona le pasaba del todo desapercibida, tan solo un efímero *¡hola!* al salir a tirar la basura era lo que habíamos compartido. Me ignoraba del mismo modo que ignoramos las negras sombras en mitad de una noche oscura; tal vez detectamos su presencia, pero no les prestamos la más mínima atención. Así me sentía yo. Solía fantasear con la idea de conocerla de una vez por todas, presentarme y que se enamorase perdidamente de mí. Si era franco conmigo mismo, debía reconocer

que llevaba las de perder. No es que yo no tuviese mi atractivo o careciese de carisma, simplemente, Sasha jugaba en otra liga: la de las mujeres atractivas e independientes. Yo arrastraba dos grandes lastres: mi edad, 21, era algo menor que ella y eso las chicas de veintitantos no lo perdonan, y la dependencia de mis padres, con los que aún convivía.

Me había criado en una acogedora casa unifamiliar de un barrio de clase media del interior de Sayville, al este de Nueva York. Nuestro vecindario era uno de esos barrios dormitorio de las clases trabajadoras donde se aspiraba eternamente a una mudanza con destino a la zona costera más exclusiva, esa en la que viven los multimillonarios de Nueva York cuando quieren descansar del bullicio de la gran manzana.

En Sayville casi nunca sucedía nada extraño o al menos, interesante. No había atracos, no robaban casas, no había pandilleros pegando tiros por las esquinas... Nada. Todo era normal de una manera bochornosa. Tal vez las desapariciones de jóvenes en los últimos años podrían ser consideradas como algo anómalo o fuera de lo común. Pero en general, Sayville era una balsa de aceite, parecía como si el mal hubiese decidido evitar nuestra pequeña ciudad asustado de algo.

No podía quejarme, a mis padres les iban las cosas bien. No nadábamos en la abundancia, sin embargo los ingresos provenientes de nuestra humilde inmobiliaria familiar, me permitían estudiar medicina en la universidad y poder tener algún caprichito de vez en cuando.

Cuando la vieja casa del señor Moore fue alquilada, deseé conocer a los nuevos inquilinos que llenarían de vida la última esquina del vecindario tras años en silencio. Sasha se mudó de la noche a la mañana, y habitó aquella enorme casona, sola. No sé cómo se atrevía a deambular en mitad de la noche por esa vieja casa llena de recuerdos y melancólicas esquinas. El primer día que la vi a través de los sucios cristales de la ventana del salón, creí que se me paraba el corazón. Nunca había visto nada igual, era la mujer más preciosa que jamás había visto. Ya era de noche, no obstante la luz de las velas dejó entrever las facciones de su rostro, el que más tarde memorizaría en mi mente hasta nuestro siguiente encuentro.

Su rostro era una bendición para los sentidos: Una boca carnosa, pómulos prominentes, sonrisa perfecta adornada con una dentadura blanca y simétrica. Su mirada atraería a cualquiera, pues sus ojos azules, que irradiaban un magnetismo invisible, eran capaces de cortar la respiración con

solo mirarlos. Su irreal tez quedaba bendecida por una larga melena de mechones rubios, salpicados de bucles festoneados en color fuego. Su silueta era demasiado perfecta para no estar operada en un quirófano; aún así se notaba que todo era natural, yo sabía distinguir eso perfectamente tras tantos años de observación meticulosa de la anatomía femenina. Sin embargo, aquello que la hacía irresistible era su aura de misterio que la envolvía en cada uno de sus gestos.

Tras ese primer día, podía pasar horas agazapado tras las cortinas tratando de atisbar algún movimiento en la casa de enfrente. Me comportaba como un quinceañero enamorado, ni siquiera las chicas de la facultad de medicina se explicaban mi ausencia de interés por ellas, sobre todo teniendo al pibón de Anne detrás de mí en la facultad.

Mi mejor amigo, Tim, decía que pillarme de esa manera por una chica algo mayor que yo, que no conocía de nada, era de ser un niño. A pesar de todo lo que debía estudiar, noche tras noche, siempre empleaba bastantes minutos para divagar con si la fortuna me permitiría volver a verla esa noche. Nadie me entendía, lo que sentía por ella era una necesidad primigenia que me atraía hacia su persona y me impedía quitármela de la cabeza. Nunca en mi vida había sentido esa irracional atracción por nada ni por nadie. La mayor parte de las noches no conseguía verla, a veces pensaba que era demasiado esquiva, tal vez lo hiciese por fastidiarme o estuviese metida en algo turbio.

Esa noche no tenía muchas más esperanzas que la anterior, la climatología no acompañaba. Fuera, en la calle, hacía un tiempo infernal. Aunque no llovía mucho, la tormenta eléctrica trajo consigo un fuerte viento a rachas, hacía que los rayos y los truenos se sucediesen en cadena por todo el firmamento. Nadie en su sano juicio saldría a dar una vuelta con esa tempestad encima de su cabeza. Había estado diluviando todo el día, así que resignado decidí concentrarme en mis apuntes de anatomía patológica y dejar a la naturaleza seguir su curso.

Era una verdadera lástima, mis padres habían acudido al entierro de un familiar de un conocido de mi padre, no volverían hasta bastante tarde. Disponía de la casa para mí solo. Fantaseé con la idea de que Sasha viniese a casa, en mitad de la noche, pidiendo cobijo porque su casa se había quedado sin luz, o se inundaba. Entonces, tras invitarla a tomar una reconfortante taza de cacao caliente, y haber secado sus ropas, Sasha y yo habríamos roto el

hielo y... entonces, dejaba de imaginar pues después era más difícil volver a concentrarme en aquellos horribles manuales de anatomía.

Llegué a la conclusión de que mis fantasías eran solo eso: ensoñaciones delirantes de un joven desesperado por quedar con ella, por conocerla. Recordé entonces a mi abuela, su premisa era *lucha por tus sueños y no pares hasta conseguirlos*. Mi encantadora abuela era quien siempre me había apoyado en todo, quien me había dado los mejores consejos y había hecho lo imposible por satisfacer el más mínimo de mis anhelos, *¡Cuánto la echaba de menos!* Lástima que ya llevase varios años sin verla. Tan solo tenía una arrugada carta en la que explicaba que necesitaba recorrer mundo antes de... abandonarnos para siempre. Recuerdo que siempre me contaba historias de juventud: cuando vivió en Inglaterra, en Italia y recorrió medio mundo. Mi abuela siempre había sido un espíritu libre, y ahora que yo había crecido y cada día nos olvidábamos más de su presencia en casa, había decidido hacer todo aquello que había deseado durante años. A pesar de todo y saber que era su deseo, de forma egoísta, la echaba de menos. Mi abuela siempre tuvo una gran imaginación. Recuerdo cuando me contaba historias fantasiosas e irreales acerca de seres inverosímiles, al menos eso creía yo por entonces, que mamá censuraba cada vez que la oía, no quería que me llenase la cabeza de tonterías hasta que fuese mayor y me hubiese hecho un hombre de provecho. Hoy sé que esas historias no eran tan fantásticas, ni tan ridículas, simplemente no estaba preparado para descubrirlas... *¿Cómo estuve tan ciego, y no reconocí las pistas que me dejaba?*

Como decía, eran las tres de la madrugada, cuando el resplandor de la luz en su cocina me sobresaltó. Parecía que esa noche tendría suerte, podría verla. Apareció en la cocina embutida en sus pantalones vaqueros ajustados, tan oscuros que juraría que eran negros. En la parte de arriba llevaba una sedosa blusa de color negro que resaltaba su melena dorada. Sentí unas irrefrenables ganas de hablar con ella. Había esperado demasiado tiempo y a pesar de mi cobardía, pudo más la necesidad de estar cerca de ella y por fin conocerla. Cogí las llaves de casa y crucé de un salto hasta el umbral de su puerta sin coger nada para guarecerme de la lluvia.

Una vez frente al timbre, quise dar la vuelta. Imaginé su reacción al escuchar el timbre. Eran las tres de la madrugada, le parecería un loco y se llevaría una mala impresión de mí. Quise darme la vuelta y desaparecer. Finalmente, mi dedo tuvo voluntad propia y se posó sobre el timbre, ya era

demasiado tarde, no había vuelta atrás. Mi cuerpo se había revelado ante mi falta de coraje.

Comencé a sentir las minúsculas gotitas de lluvia salpicándome, mojando mi rostro, mientras esperaba a que ella abriese la puerta; deseé correr y esconderme como otra sombra más de la calle, no obstante escuché unos pasos que me indicaron que ya era tarde, no había vuelta atrás. Ella debió sorprenderse tanto como yo, porque oí que algo se le caía y se rompía contra el suelo. Escuché como resoplaba con fastidio al recogerlo.

Mal empezamos, ahora sí que me había lucido —pensé.

Al instante, escuché como reanudaba sus quedos pasos por el suelo de madera, daba la sensación de que flotaba en vez de caminar.

Una vez se aseguró de que tal vez conocía a la persona empapada que había tras la puerta, cerró la mirilla y me abrió.

La puerta de su casa reveló un dulce rostro que no mostró temor o atisbo de miedo al abrirse. Su mirada revelaba cierta curiosidad y sorpresa. A escasos centímetros, sus facciones eran mucho más perfectas de lo que hubiese esperado. Incluso bajo la tenue luz que se desparramaba sobre su figura desde el interior, se podía adivinar que no había imperfección alguna en su semblante. Aquellos ojos me penetraron el corazón al instante, sentí que algo se retorció en mi interior agarrándome para ya no dejarme nunca más.

¿Quién dijo lluvia? Ya nada me importaba. Pareció sonreír un poco al ver como las gotitas de lluvia comenzaban a agolparse en mi flequillo y descendían a cámara lenta sobre mi cara. Sus labios comenzaron a moverse, sin embargo, no escuché ninguna de las palabras que me profería. Estaba aletargado escuchando el latido de mi corazón, *¿o era el suyo?* Su mirada daba vértigo, me tenía hipnotizado y tardé varios segundos en reaccionar. Cuando lo hice, me di cuenta que estaba dentro de su casa. Aquella morada que veces había espiado desde mi habitación.

Su hogar resultó ser acogedor, aunque algo simple y funcional. Estaba desprovisto de floreros, cuadros y demás objetos inútiles comprados para rellenar. Mi madre lo habría encontrado soso, ella siempre era partidaria de que si había hueco debía taparse. Las paredes, recubiertas de oscura madera de roble, daban bastante oscuridad a la estancia. Sasha no parecía muy partidaria de espacios luminosos, ya que las pocas luces que había en el salón alumbraban hacia el techo, dejando nuestras figuras en una inquietante penumbra. Pensé en intentar leer o estudiar bajo aquella luz, al poco los ojos

me estarían sangrando por el esfuerzo. El mobiliario era adusto, impersonal, parecía sacado de una tienda de segunda mano y comprado con prisas y poco criterio. Desde luego, alguien que poseía ese su porte regio y elegancia natural al caminar, contrastaba del todo con unos muebles al uso, sacados del desván de IKEA. Estaba seguro que los habría adquirido para pasar unos meses allí, pues desde el principio me dio la impresión que estaba de paso o huía de algo.

—¿Te has recuperado ya? —preguntó con una voz suave que penetró en mis oídos acariciando mis tímpanos. Me sedujo cómo sonaba cada sílaba pronunciada por su boca. Un mechón de sus cabellos abandonó la guarida de su melena y cayó sobre su ojo derecho, sentí el impulso de recogerlo y devolverlo a su sitio. —Por un momento, viéndote ahí tan callado y mojándote como un pasmarote, he pensado que te sucedía algo... Debes estar chorreando...

—No, no —repuse velozmente—, no sé cómo explicarlo, pero... ¿Cómo podría empezar?...

Me miró intrigada y trató de buscar un paño o algo con lo que pudiera secarme.

—Llevo algún tiempo viéndote por el barrio, nos hemos saludado en alguna ocasión por la noche, y... querría saber... si... algún día te apetecería pasar por casa y conocernos, somos vecinos y todavía no nos hemos presentado...

—De acuerdo, suena bien. Podría pasarme una tarde, ¿vives con tus padres, verdad? —sentí que llegaba la primera pregunta comprometida.

—Sí, —respondí con timidez. Sentí que ya no tenía nada que hacer, aún así insistí—. Si quieres puedes pasarte por casa y tomamos algo. —Aquella invitación resonó en mi cabeza como si la hubiese dicho un perverso.

—Si tan interesado estás en conocerme, ¿qué te parece tomar algo a otra hora más prudencial? —respondió mirando su reloj—, lo digo porque son más de las tres de la madrugada. Ya estaba tomando algo y me disponía a dormir, así que si no te importa... Otro día para mí sería perfecto. ¿Te parece?...

Noté como empezaba a sonrojarme. Tenía toda la razón, mi presentación había sido de locos. Sentí que debía marcharme cuanto antes o lo estropearía.

—Tienes toda la razón, perdona. Estaba estudiando y no me había percatado de la hora que es... Lo siento. Solo una última cosa, ¿cómo te

llamas? Siendo vecinos no es muy educado ni conocer cómo nos llamamos. Además, no hay ningún nombre en tu buzón. Yo soy Marc. —Le indiqué, tendiendo mi temblorosa mano.

Me di cuenta que acababa de meter la pata hasta el fondo, le había confesado que la había estado investigando. Ese era yo el que le dejaba a las chicas que pasaba de ellas, me estaba luciendo.

—No me malinterpretes, yo solo pretendía...

—No te preocupes... —sonrió—, yo me llamo Sasha —contestó divertida. Me acompañó a la salida y después cerró su puerta.

Allí estaba yo, bajo la lluvia, hecho una sopa, con la sensación de haber hecho el ridículo, sin embargo, me sentí el tipo más feliz del mundo.

Cuando llegué a casa, un par de minutos más tarde, no me lo creía. No sabía de dónde había sacado el valor para abordarla de aquella manera... No quise pensarlo más o me moriría de vergüenza.

Reanudé mis estudios, aunque tardé en concentrarme tras aquel inesperado encuentro nocturno. Ni siquiera quise volver a asomarme para que no pensase mal de mí. Tras un rato deambulando por la anatomía humana, decidí que ya era hora de echar el cierre. Mientras recogía los pesados volúmenes de medicina, y controlaba qué me haría falta llevarme a la facultad la mañana siguiente, la luz de mi habitación se apagó. Me quedé allí a oscuras, en medio de la tormenta, solo, puesto que mis padres se habían ido. Sentí un ligero escalofrío en la espalda ante el resplandor del primer trueno a oscuras, entonces caí en la cuenta de que el apagón se debía a la tormenta.

¡Malditos plomillos! —pensé. Siempre que había tormenta saltaban. Las casas más antiguas, como la mía, tenían el cuadro de luces en el sótano; ahora me tocaría emprender un peregrinaje a oscuras hasta la parte más peligrosa de la casa: el sótano. El desorden y los numerosos cacharros allí almacenados, *por si acaso*, como decía mi padre eran enemigos infranqueables para llegar hasta mi objetivo. Tardé unos segundos en revolver el cajón de los trastos que tenía en mi escritorio, en alguna parte se suponía que había una linterna para estos casos. Lo normal es que no apareciese de manera inmediata, esta vez no tuve mejor suerte. Maldije el desorden del cajón y me prometí, como tantas otras veces, que al día siguiente lo arreglaría. Por fin apareció, agarré su empuñadura de goma negra antideslizante y me dirigí a tientas al garaje, contiguo al sótano.

Comencé a descender a ciegas por las escaleras desde la segunda planta de mi casa, al pasar por la estrecha ventana ovalada que derramaba algo de luz del exterior sobre los escalones, miré sin querer hacia la casa de Sasha. De forma automática siempre lo hacía desde que se había mudado. Cuál fue mi sorpresa cuando la vi salir ataviada con un abrigo negro que le cubría hasta los tobillos, unas botas altas de goma del mismo color y un minúsculo bolso donde guardaba las llaves. Al principio me produjo cierta preocupación, tal vez tenía que salir por alguna emergencia, pero después el enfado por haberme engañado como a un tonto al decirme que no iba a salir, dio paso a una tremenda rabia por no haberme contado la verdad. Así que hice lo que debía: decidí seguirla, de todas formas no podía permitir que le sucediese algo caminando sola en una noche como esa. No me quedaría tranquilo si a la mañana siguiente descubría que había sido víctima de un robo o algo peor...

¿Dónde se suponía que podía ir una chica joven, sola a las cuatro de la madrugada, y menos con un temporal como el que nos azota?

Cuando salí de mi casa lo peor de la tormenta ya había pasado. Ahora apenas si llovía, la atmósfera había cambiado: la noche se había vuelto mucho más cálida, el cielo estaba más abierto y dejaba ver alguna tímida estrella tras los últimos nubarrones grisáceos que desaparecían al alejarse de la luz de las farolas. Sentí que mi mente se despejaba por el intenso y cálido olor a tierra mojada que invitaba a pasear a pesar de que el reloj se aproximase a las cinco de la madrugada. Mis padres ya estarían a punto de regresar, si no me encontraban en casa tal vez podrían preocuparse. Sin duda les extrañaría que hubiese salido entre semana, sabían que era buen estudiante y no solía hacerlo, en tal caso, ya inventaría alguna excusa convincente. La ventaja de ser un hijo responsable y buen estudiante es que, de vez en cuando, puedes colarles una trola a tus padres. Pensé que tal vez debería haberles dejado una nota, pero ya no podía regresar, si lo hacía, la perdería de vista.

No sabía muy bien porqué la seguía, no era un comportamiento normal en mí. Desde ese primer paso que di sobre la encharcada acera, nada volvió a ser lo mismo. Sentí un escalofrío, como si algo me advirtiese que debía darme la vuelta hacia la seguridad de mi hogar o después sería demasiado tarde. Uno de esos extraños momentos de tu vida en que sabes que darás un paso adelante y ya no podrás regresar jamás. Aun así, su nombre seguía martilleando en mi cerebro impidiéndome pensar con claridad. Finalmente

comencé a seguirla, consciente de que acababa de forjar mi propio destino y ya no habría vuelta atrás.

En la distancia se escuchaba algún trueno tronar. Había salido de casa a toda prisa, solo tuve tiempo de agarrar un chubasquero. Cuando salí, pude atisbar el reflejo de sus cabellos al doblar la esquina. La seguí con cautela por la estrecha avenida, debía ocultarme bien o me descubriría. Los coches aparcados me servían de parapeto, a pesar de mojarme cada vez que me pegaba a ellos. Noté cómo mis pies se humedecían al introducirlos una y otra vez en los refrescantes charcos que se habían formado junto a los vehículos; no quería hacer ningún ruido que pudiese delatar mi presencia.

Todo parecía indicar que Sasha seguiría andando en línea recta, siguiendo el sendero solitario de la avenida, parecía distraída pensando en sus cosas, pero entonces giró repentinamente a la derecha. *¿Me habría (Suposición en tiempo presente) descubierto?* Tomó dirección al viejo parque, ahora sí que me tenía realmente intrigado. Partía de la idea de que no era normal que una joven paseara sola a esas horas, pero lo era aun menos que se adentrara en un parque tan tétrico e inhóspito como aquel.

A poca distancia resonó el repiqueteo de las campanadas que coronaban la vieja iglesia. Cuando la volví a mirar, segundos después de volver en mí tras escuchar el hipnotizador sonido eclesiástico, Sasha se internaba en el bosque. La oscuridad que rodeaba al lugar me impedía ver con claridad, tampoco podía acercarme más o me descubriría. Conforme nos adentrábamos en el bosque, la humedad de la tierra junto con el humus descomponiéndose del suelo provocaba que una espesa neblina se elevara casi hasta la altura de nuestras cinturas; dando la impresión que nuestros cuerpos flotaban en el aire. Esta fantasmagórica escena no me invitaba a entrar en aquel inquietante páramo. Durante unos segundos la perdí, pensé que no podría ayudarla a volver si se perdía, entonces, deduje hacia dónde se dirigía. El enfangado sendero que seguíamos conducía a un solo lugar civilizado en mitad del bosque: el cementerio de *Saint Anne's*.

Unos metros más adelante me topé con el majestuoso y terrorífico lugar. Sentí repelús al verlo, no obstante, no sentí miedo, cosa que me sorprendió. El antiquísimo cementerio había sido construido varios siglos atrás por los primeros colonos que se establecieron en Sayville, provenientes de Europa, el lugar estaba rodeado de impresionantes cipreses centenarios que derramaban sus fantasmagóricas sombras sobre nosotros, como

invitándonos a otros dominios: el mundo de los difuntos. Esas columnas arbóreas se erigían como guardianes oscuros de la vida eterna, advirtiéndonos que en caso de no habernos despojado de nuestro disfraz, no seríamos bien recibidos.

Ese pretérito cementerio era visitado por gente proveniente de todo el estado de Nueva York e incluso del resto de los Estados Unidos. Los más supersticiosos decían que era un lugar santo. Según contaban las leyendas de los fieles, allí se había aparecido el Espíritu Santo a los primeros colonos indicándoles que ese era el lugar exacto donde deberían enterrar a sus difuntos.

Fue difícil localizarla en medio de tantos panteones y tumbas, pero al fin di con ella. Estaba arrodillada frente a un enorme mausoleo de mármol. Simulaba la figura de una devota esposa o hija sumida en el recogimiento del lugar, invadida por el dolor y la pena del lugar. De improviso, observé que trataba de abrir la pequeña puerta del mausoleo. Me sorprendió cómo su delicada figura pudo doblegar aquel portón de hierro y hormigón. Se levantó para introducirse dentro, me dio la sensación de ser una diosa descendiendo al mismo infierno. Me dispuse a seguirla para que me aclarase el millón de preguntas que, sin respuesta, se iban acumulando en la recámara de mi cerebro.

En ese instante sentí que algo me golpeaba en la cabeza y todo se volvió negro. Noté como mi cuerpo dejaba de responder y se desplomaba al suelo. No me dolió al caer, solo lamenté que no podría protegerla de aquello que me había dejado fuera de combate. Algo acuoso cayó por mi nuca, sabía que la sangre se secaría pero le había fallado, eso tardaría en curarse más.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, lo cierto es que el sonido de unas voces distantes me rescató del estado de semiinconsciencia. El primer impulso fue abrir los ojos, pero no me atreví por el miedo a aquellos que me habían agredido. Sabía que aquel golpe no había sido fortuito, alguien me había golpeado para tratar de quitarme de en medio. Tal vez me estaba volviendo paranoico, pero parecía que alguien no deseaba que la siguiese. Podría ser un novio celoso que veía cómo un desconocido seguía a su novia y quiso defenderla, pero... *¿Por qué estoy en ese maloliente lugar?* me pregunté tirado en el suelo.

Las ideas se amontonaban en mi cerebro, se atropellaban a cada instante, simulando cientos de posibilidades acerca del por qué había sido

golpeado. Me dolía la cabeza de una manera insoportable, sobre todo por encima de la nuca. Volví a notar el cuello húmedo, sabía que debía permanecer inmóvil pese al deseo incontrollable de llevarme las manos a la nuca para comprobar si me estaba desangrando. Sin embargo, algo en mi interior me ordenó que no moviese un solo músculo del cuerpo si quería escapar de allí. No sabía qué había pasado con Sasha, tal vez ella también había sido golpeada.

Poco a poco empecé a recobrar algunos de mis sentidos, el olfato fue el que no me permitió desbloquear del todo con el resto. Había un repugnante olor que lo impregnaba todo en ese lugar, era tan insoportable que no me dejaba siquiera pensar. No me encontraba en un recinto al aire libre, notaba una nauseabunda humedad a lugar cerrado que contrastaba con el energético olor a tierra mojada que había percibido fuera. El aire putrefacto que llenaba mis pulmones estaba desparramándose por mi interior como una marea nauseabunda que bloqueaba mi aparato respiratorio. Necesitaba salir de ahí. El aire bajaba y subía acariciando con suavidad la boca del estómago, invitándome a expulsar su escaso contenido allí mismo, en el suelo. Traté de contener las náuseas con todas mis ganas. Aquella pestilencia era insoportable. Entonces, unas acaloradas voces que discutían a poca distancia captaron mi atención.

—¡Sasha me da igual lo que digas! Te ha visto llegar hasta aquí, te ha seguido, debemos hacer algo con él. Para colmo ha encontrado nuestro escondite, el que tanto tiempo y esfuerzo nos ha costado. Sabíamos que especialmente en este pueblo, Sayville, debíamos pasar desapercibidos. Este es su territorio y si descubren que estamos merodeando por aquí... estaríamos en peligro, aunque no solo nosotros, sino todos los demás. Debemos tener especial cuidado, sobre todo aquí —comentó una voz ronca de hombre que parecía salir de ultratumba—. ¿Estáis de acuerdo que no puede salir con vida de aquí?

—¡No Radgüll! ¡No lo matarás! —negó Sasha taxativamente—, le conozco, es mi vecino y es un buen chico. Él no tiene ni idea, su familia no soportaría la pérdida... solo me siguió porque estaba preocupado por mí, el muy insensato pensó que tal vez estaría en peligro. Sé que se ha encaprichado de mí, esta noche por fin se atrevió a romper el hielo y seguramente me escuchó salir de casa muy tarde y decidió seguirme, nada más. Deberíamos subirlo y dejarlo en el bosque, pensará que se ha caído y se ha golpeado

contra una roca o un árbol, o quizás, podemos devolverlo al cementerio, creará que se golpeó y regresará a casa. Ya me inventaré yo una excusa para el paseo nocturno. Os digo que no hay de qué preocuparse, ¡fin del asunto!

Al oír sus protectoras palabras describiendo los sentimientos que yo me había cuidado de disimular durante semanas sentí que la sangre de todo mi cuerpo se agolpaba en un lugar concreto: mis mejillas. *¿Cómo había sido tan torpe y había dejado que se diera cuenta que estaba tan colado por ella? ¡Qué vergüenza!* —pensé abochornado.

Tal vez debería haberme tragado la tierra, aunque más tarde comprobé que ya lo había hecho: me encontraba bajo un centenario mausoleo.

—Además... ¿por qué le golpeaste de esa manera tan brutal? Ya te he dicho que me había percatado de su presencia, ¿acaso crees que no podría oír sus ruidosas zancadas en mitad del silencio nocturno? —repuso ella—, ¿No se te ocurrió pensar, por un solo instante, que tal vez querría ser su amiga, y no quitarle la vida por una vez. Estoy harta de ir dejando un reguero de cadáveres con todo aquel que se nos acerca. ¡Basta ya! Estaba ganando tiempo para inventar una excusa, un familiar que había fallecido recientemente, que necesitaba caminar bajo la lluvia para pensar con claridad... Ahora la has fastidiado por completo... como siempre.

—Sasha sabes que eso no es posible —dijo el hombre resignado—, nos delatará tarde o temprano, acuérdate de lo que pasó en Boston con mi nueva amiga, ¡o con nosotros, o en contra! No pienso jugarme el pellejo por un simple mortal nunca más. No merecen la pena —sentenció el tal Radgüll, empezando a impacientarse. Parecía que quería acabar con aquella situación de manera rápida, tal vez matándome.

—¡Vayamos a preguntarle a los demás, si te parece! De todas formas íbamos a reunirnos con ellos, ¿no?, para eso habíamos venido —concluyó Sasha, empujándole con nerviosismo y alejándolo de donde yo me encontraba.

Escuché con atención cómo se marchaban, y me sobresaltó el enorme estruendo del portón metálico al cerrarse. Aquel lugar estaba bien custodiado y aún sin saber cómo, tenía que escapar de él. Entonces abrí los ojos a la impenetrable oscuridad del lugar. Parecía que un gigantesco lobo me hubiese tragado y hubiese despertado en el esponjoso y fétido interior de su boca. La negrura del lugar me hizo parpadear sucesivamente para comprobar si en realidad había abierto los párpados o seguían cerrados por la conmoción y el pánico. Una vez que mis órganos visuales se fueron adecuando al entorno,

comencé a vislumbrar leves sombras inestables que al momento se desvanecían y la opaca oscuridad volvía a conquistar toda la estancia. No se veía nada en absoluto. Recordé, entonces, que en mi cazadora tenía la linterna que había usado en casa cuando se fue la luz por la tormenta eléctrica. Rebusqué en todos y cada uno de los seis bolsillos de la cazadora como pude, hasta que en el último encontré la linterna. Cuando la encendí, tirado como estaba por el suelo, la perspectiva del lugar casi me hizo desmayarme de nuevo. *¡Estaba rodeado de marmóreas tumbas!* Lancé un grito quedo hacia mis adentros, apagué el haz de luz y volví a enfocar un punto en la distancia para confirmar que no me había vuelto loco. Esos tipos me habían arrastrado varios metros bajo tierra, hasta el santuario de los claustrofóbicos.

Las plumizas tumbas se sucedían en fila, dando la sensación de que alguna estaría esperando recibir mi cuerpo. Las flores y el agua se descomponían dentro de sus recipientes, así como los cadáveres. El oxígeno se consumía con escasa renovación en aquel pestilente lugar, me asqueaba cada nueva bocanada de aire al respirar.

Noté cómo la camiseta, bajo el jersey, se había empapado de sudor. Tras la lluvia, la tierra se había recalentado debido a un efecto compost de las sustancias en descomposición que me rodeaban. Iluminé mi camiseta tras despojarme del jersey gris, me asusté al comprobar que estaba empapada de sangre, sentí que me mareaba al ver tal cantidad de sangre. Nunca me pasaba cuando realizaba prácticas con enfermos en el hospital, pero era diferente permanecer impasible ante mi propio líquido vital tiñendo de rojo mi ropa. Fue entonces cuando pensé en la envergadura del golpe, quizás me estaba desangrando...

Exangüe, toqué la zona del hueso occipital y comprobé que tenía una enorme brecha. No palpé la fosa occipital cerebelosa al introducir la yema de un dedo, aunque estaba cerca; retiré el dedo inmediatamente ante el doloroso roce cercano al hueso. Por fortuna ya no sangraba. La sangre empezaba a coagularse, impidiendo que más líquido abandonase mi cuerpo. Comencé a recapacitar sobre las posibilidades reales de escapar de aquel sitio. Ni siquiera me paré a pensar en la conversación de la que había sido testigo, mi cerebro estaba trabajando en cómo podría salvarme ignorando el contenido de aquellas palabras que había escuchado... Si tenía posibilidad de hacerlo...

Mi subconsciente trató de engañarme imaginando que Sasha y sus amigos eran terroristas, o pertenecían a una secta religiosa secreta. Estaba

seguro que esa era su guarida, tal vez eran satánicos o algo así, de ahí sus ropas negras y oscuras. Les había sorprendido accediendo a su escondrijo, poniendo en peligro a su organización. Sasha no había querido infligirme daño alguno, por el contrario, el sádico de su amigo casi acaba conmigo al golpearme. No contento con malherirme, quería verme muerto. Si descubrían que les había escuchado y me sorprendían intentando huir, podía darme por hombre muerto. Desconocía cuántos eran y cómo de vigilado estaba el lugar, de todas formas debía asumir cualquier riesgo por salvar mi vida. Volví a recordar uno de los refranes de mi abuela, ahora presentes a menudo desde que se había marchado:

Hay amores que matan.

Mis sentimientos por Sasha ejemplificaban a la perfección ese dicho popular, mi amor por ella había puesto en peligro mi vida.

En esos momentos no era consciente de hasta qué punto...

Pensé en cómo salir de esa situación, en la cara que pondrían mis padres cuando me viesan aparecer por casa de esa guisa. Me inventaría alguna excusa sobre un accidente de coche, les contaría que un conductor me había atropellado y se había dado a la fuga; esto podría justificar mi deplorable aspecto. Pensando en cómo justificar los últimos acontecimientos sin involucrar a Sasha, me fui quedando dormido.